

XIII

«Don Estanislao es el hombre más generoso y bueno del mundo. En él no se admiran sólo la virtud pasiva que consiste en no hacer el mal. En su corazón arde el sentimiento de caridad en su grado más efusivo. No acude á él ningún necesitado que no halle consuelo y socorro. Los perseguidos por la justicia que solicitan su compasión, le ven entrar en el Saladero llevándoles el sustento y la esperanza. En los casos difíciles habla con los jueces, revuelve toda la Curia, y no descansa hasta conseguir la libertad del preso. Si para los extraños es misericordioso, para los amigos no tiene límite su bondad. Practica el principio cristiano en toda su pureza, desentendiéndose en absoluto de la liturgia; por lo que resulta, según el criterio de los neos, un ángel impío, un santo anticlerical.

»Ahora te hablaré de su mujer, la pobre doña Josefa Madrignac, que murió en Abril, días antes del 23. Era una señora excelente, un modelo de esposas, modelo también de modestia y candor. Amaba tiernamente á su marido, sin que atenuara este cariño la diferencia de ideas religiosas. Su beatería y misticismo la inducían á procurar que su marido, elevado á la Presidencia de la República, dejase en paz á las personas y corporaciones

religiosas. Pero Figueras se mostraba reacio. Cansada la angelical señora de sermonear al marido hereje, y no pudiendo, por su sordera, enterarse de las razones que éste le daba, escribíale cartitas dulces, cariñosas, impregnadas de piedad, y cuidadosamente se las ponía en los bolsillos de la levita ó en el forro del sombrero de copa... No dejaban de afectar al Presidente las esquelitas cuando daba con ellas. Ocurrió que en un Consejo de Ministros se acordó la exclaustración inmediata de algunas monjas, y este acuerdo fué apoyado por Figueras con toda su energía. A la semana siguiente tratóse del mismo asunto en otro Consejo, y don Estanislao, variando de opinión, se mostraba condolido del daño que se iba á causar á las pobrecitas religiosas. Pí y Margall, que le había descubierto el juego, se sonrió diciéndole: *Vamos, Estanislao, ya has recibido carta de la familia. ¿Me dejas registrarte el bolsillo de la levita?* Negó Figueras, un tanto confuso. Aquella misma tarde, al retirarse del banco azul tomando su sombrero, cayó del forro de éste una esquelita. Sonrisa general en todo el Ministerio.

»La muerte de la virtuosa y angelical *doña Pepita*, que así la llamaban familiarmente sus amigos, causó grande aflicción á Figueras, que estuvo largos días encerrado en su casa de la *Calle de la Salud*, cuyo rótulo fué sustituido por este otro, kilométrico: *Calle del Primer Presidente de la República Española...* Te contaré ahora cómo fué curado de su dolor el Jefe del Estado por la medicina del

Tiempo, reparador solícito de las desdichas humanas. Añadiré, para tu total conocimiento del personaje, que además de bueno, misericordioso y caritativo en grado heroico, es Figueras un romántico hasta la médula de los huesos; romántico digo, como tú, y como tú gustoso de la variedad de los afectos que más halagan al hombre. Antes de su viudez se prendó de una bella señorita, y viudo ya y enlutado, el Presidente del Poder Ejecutivo rondaba la casa de la damisela, y acechaba en la esquina próxima para verla entrar ó salir. Pasión ardiente prendió en aquel hermoso corazón que en todo ha de ser grande. Ni sus canas ni sus deberes políticos le contenían en el violento retorno á la edad juvenil. ¿Qué quieres que te diga, Tito? Yo admiro á Figueras tal como es, sin meterme á dilucidar si sus extravíos son aciertos, ó sus errores cualidades excelsas. En él todo me parece bueno...

»Si ahora me preguntas qué influencia tuvieron estas que algunos llaman debilidades en la fuga del Presidente, te diré que lo ignoro. No tuve bastante intimidad con él para desentrañar el misterio psicológico de su deserción. Quizás sintió el hombre con extraordinario ardor el ansia de libertad; tal vez su alma vió en la libertad individual un bien altísimo y soberano, superior á cuantas satisfacciones podía darle la vida política en un país ingrato, voluble, predestinado á ser eterno juguete de la tiranía ó de la demagogia.»
Las últimas frases del cuento de Estévanez

sugirieron en mí estas reflexiones amargas. Si mi amigo elogiaba el romanticismo de Figueras, y por ser éste un grande hombre le absolvía de sus delirios, ¿por qué á mí, romántico también, aunque pequeño y de condición insignificante, quería curarme con medicamentos un tanto crueles? Si la libertad individual es el mayor tesoro de los humanos, ¿por qué había de ser concedido á los altos y negado á los humildes?

Debo declarar que el tratamiento de Estévanez no había sido ineficaz para mí, y que yo sentía muy atenuado mi frenético espiritualismo por la acción de la vida ramplona y pedestre. No obstante, cuando Estévanez me dejaba solo en mi casa, escapábame yo hacia el ideal preguntando á Ido si había estado á buscarme el guardia Serafin. Como la respuesta de mi patrón era siempre negativa, hube de añadir esta nota interesante: «Si vienes el guardia por la tarde, adviértale que me encontrará en la Tribuna de la Prensa del Congreso.»

Desganado y sin ninguna ilusión periodística volví á las tardes de las Constituyentes, bajo la severa autoridad de mi amigo y médico. Testigo del inenarrable barullo que precedió á la designación de nuevo Ministerio, lo transmití todo á la prensa extranjera. Pero á vosotros, amados lectores, me guardaré muy bien de ofreceros los detalles de aquellas zaragatas, que habrían de marearos y confundiros. En una sesión que empezó á las ocho de la mañana, se leyó el *Proyecto*

de Constitución Federal de la República Española.

Reunidos por la noche en el Senado los padres de la patria con el señor Pí y Margall, éste se dió por vencido; sólo el Centro unido á la Derecha podía resolver la crisis. Al día siguiente, 18 de Julio, las Cortes designaron á Salmerón para formar Gobierno. El 19 leyó don Nicolás la lista de los nuevos Ministros: Soler y Plá, Estado; Moreno Rodríguez, Gracia y Justicia; Oreiro, Marina; Fernando González, Fomento; Palanca, Ultramar; Carvajal, Hacienda; González Iscar, Guerra; Maisonneuve, Gobernación.

Apenas empezó Salmerón su discurso programa, yo, que fácilmente me distraía, miré á la puerta de la Tribuna, y vi en ella el rostro flácido de mi guardia Serafín de San José. Como atraído por irresistible fuerza magnética salté de mi asiento, dejándome en el pupitre papel y lápices... No sé si agarré á Serafín por el brazo ó por el pescuezo... Lléveme al pasillo, y antes que yo le preguntara, su boca rasgada en sonrisa placentera me soltó estas palabras duleísimas: «Señor don Tito, vengo á decirle que está usted servido.

—Explicate. Dime pronto...

—Ahora verá usted que Serafín es hombre agradecido. Por usted sacrificio yo todo lo que tengo, mi destino y hasta mi vida...

—Bueno, bueno; pero dime...

—He podido encontrar... ¡ay qué fatigas, qué ajeteo, qué ir y venir!... ¿He tardado, verdad?... ¿Pero qué importa la tardanza, si al fin

este pobre guardia viene á usted con la satisfacción inmensísima de haber encontrado á la señorita Florianita?»

La voz de Serafín me pareció celestial. No sonaran mejor en mi oído los coros angélicos. Mi polizonte prosiguió así: «Créame; ha sido como sacarla de las entrañas de la tierra. Verá usted: estuvo tres semanas en las Comendadoras con unas damas maduras que no sé si son tías, madres ó abuelas putativas. Para averiguar esto tuve que hacer el amor á la cocinera de las *señoras de piso*. Por ella supe que Florianita saldría pronto de Madrid. Yo soy muy lince; camelé á la prójima, y la puse tan tierna que al fin logré que llevara un recado á la señorita, de parte de don Tito Liviano. Pasaron tres, cuatro, seis días sin respuesta ni razón alguna. Desesperado estaba ya, cuando la cocinera me dijo que doña Florianita se había dignado concederme audiencia. Subí al convento y me aboqué con la señorita, cuya hermosura medio me cegaba como si estuviera mirando al propio sol. La divina mujer me acogió risueña, y sin más, me dijo: «Mañana á esta hora búsqieme usted en la calle de Rodas, número 13. Es una escuela donde están de obra. Allí hablaremos. Basta ya.»

Al llegar á este punto estaba yo medio loco; las sienas me latían, mis orejas echaban lumbre, el corazón se me quería saltar del pecho. Cogí á Serafín por un brazo, y le dije: «Páreceme que se nos cae encima el techo del Congreso. Vámonos á la calle.» Temía

que nos escucharan, que me detuvieran, que los amigos de la Prensa se conjurasen contra mí... Bajamos rápidamente, y á media escalera tuve que volver á subir, porque se me había olvidado el sombrero en la percha del guardarropa... Al fin me vi en la calle, llevando á mi confidente cual si yo fuera el policía y él un criminal... Como fugitivos llegamos hasta la calle de la Greda. Allí me paré, y disparé contra Serafín esta pregunta que fué como un tiro: «Imbécil, ¿cómo no has ido ya á la calle de Rodas?»

—De allí vengo, señor... ¿Por quién me tomaba? ¿Cree que soy capaz de hacer las cosas á medias?... Pues por mor de usted y de su novia he tenido que faltar hoy al servicio.

—Bien, Serafín; me vuelves el alma al cuerpo... Eres un hombre, un grande hombre... Eres mi mejor amigo. En fin, habla. ¿La encontraste? ¿Qué te dijo?

—Apenas traspasé la puerta, me salió al encuentro en el local de la Escuela, vacío enteramente de chiquillos. La obra no ha terminado; pero los albañiles trabajan en el revoco del patio...

—¡Déjate de albañiles y de revocos, hombre! A ver, ¿qué te dijo?

—Repetiré sus acentos divinos. ¡Ay qué ángel! Oiga usted; lo recuerdo palabra por palabra: «Dígale al señor don Tito que mi gratitud será eterna por el favor que me ha hecho. He recibido el nombramiento de directora de un Colegio de niñas de reciente

fundación. Estoy contentísima. Dígale también á ese señor tan bueno y amable que no puedo darle mis adioses porque salgo esta noche para tomar posesión de mi nueva plaza.»

Quedé absorto, alelado, encantado... Quédeme también á media miel.

«¿Y nada más, Serafín?»

—Sí señor, hay más. Este humilde criado de usted sabe rematar la suerte. Como no me satisfacía que me diese el recado por lo verbal, le supliqué que me pusiera, en cuatro letras escritas de su mano, todo eso de la gratitud y de lo contenta que está.

—¿Y escribió, Serafín, escribió?

—Corrió hacia adentro; trajo tintero, pluma y papel, y... tris tras... con linda mano y más linda escritura... En fin; sosiéguese, señor: aquí está el papelito.»

Con mano trémula tomé lo que el mensajero del cielo me entregaba, y en medio de la calle, á la luz del sol, leí:

«No me engañó quien me dijo que es usted poderoso.

Por su mediación ha obtenido más de lo que pretendía esta humilde maestra.

Salgo esta noche para la nueva y feliz residencia á donde me lleva mi Destino.

Adiós, adiós, ¡y que no sea para siempre.

Si es grande su poderío, no es menor la gratitud de—FLORIANA.»

La tempestad de impaciencia que estalló en mi alma no me dió tiempo ni para besar la divina esquila, trazada con perfecta y ele-

gantísima escritura. Arreando á Serafín subí á Cedaceros, para tomar la Carrera de San Jerónimo. Al atravesarla para entrar en la calle del Baño, un terror pánico me cortó el aliento. ¿Qué sería de mí si en aquella encrucijada se me aparecía Estévanez y me secuestraba...? Apreté á correr, diciendo para mi sayo: «Ahí te quedas, Nicolás amigo. Me escapo como Figueras... hacia el ideal.»

Cuando íbamos por la calle del León dije á Serafín: «Adelántate, vete á mi casa, y dile á Ido ó á su mujer que me pongan en la maleta que uso para los viajes cortos toda la ropa interior que quepa, y las botas nuevas... Yo no voy á casa por temor á que me entretengan ó den parte á mi tirano... Vuela, Serafín. Te doy diez minutos para esta comisión. Te espero á la entrada de la calle de la Magdalena. Si tardas, me voy solo...» El tiempo que esperé se me hizo larguísimo. La impaciencia me devoraba. Viendo el declinar de la tarde, temía no llegar á tiempo. Esto sería horrible, esto sería peor que la muerte. Por fin apareció el guardia jadeante. En Antón Martín tomamos un coche. Calculé que si éste nos llevaba á la calle de Rodas en diez ó quince minutos, llegaríamos mucho antes de que Floriana partiera para la estación. Por el camino pregunté á Serafín: «¿Pero tú no sabes á qué estación va?» Respondió que la señorita no había hablado de estaciones.

«¿Y no viste allí baúles, sacos de viaje...?»

—No vi nada de eso, ni junto á la divinidad apareció persona humana.»

Cuando el coche paró junto á la puerta de la escuela, sentí en todo mi sér un retroceso frío y súbito de aquel impulso temerario. Por un momento me asaltó la idea de retirarme. ¿No era descortés, no era impertinente que yo, sin ser invitado á ello, me presentase á Floriana poco antes de la hora precisa para emprender su viaje? La timidez y la delicadeza, que por algunos segundos paralizaron mi actividad, fueron pronto vencidas por la pasión. «Adelante—clamó ésta dentro de mí,—adelante siempre.» Ordené á Serafín que entrase antes que yo, como enviado extraordinario para prevenir mi visita, suplicando á la señora que antes de partir me concediese el honor de ofrecerle mis respetos... Viendo que mi embajador tardaba en volver más tiempo del que yo había calculado, bajé del coche y me metí en la casa. Recorrí el local de la escuela, donde no vi alma viviente ni oí ruido alguno. Acerquéme á una puertecilla del fondo, y tampoco vi nada. Ya la impaciencia y ansiedad derramaban fuego por mis venas, cuando apareció Serafín, trémulo y desencajado.

«Señor, señor—me dijo.—En esta casa hay duendes.

—¿La has visto?

—Sí, señor; está esperando á usted. Dice que pase al momento.

—¿Pero qué has dicho de duendes; estás tú loco?

—Después de hablar con la señorita Floriana, volvía yo hacia acá, cuando de una puerta lateral salieron llamas verdes y amarillas, con terrible olor de azufre... Vea, toque, señor. Me han chamuscado el pelo y la ropa... Y al tiempo que asoplaban las llamas, oí risas y cháchara de mujeres burlonas...

—Acabemos. Toma estas pesetas. Paga al cochero, tráeme mi maleta, y lárgate si quieres.»

Segundos después, Serafín me entregaba la maleta diciéndome: «De veras, don Tito de mi alma, ¿no tiene usted miedo?»

—¡Yo qué he de tener miedo! Tú lo tienes porque eres un simple, un pobre diablo que ignora los fenómenos de la vida suprasensible... ¿Has dicho que Floriana me espera?... ¿Dónde?

—Siga usted por ese pasillo adelante. Después tuerce á la derecha, y que Dios y la Santísima Virgen le acompañen.

—Abur, Serafín. Si no vuelvo, nos encontraremos y nos daremos un abrazo... en el valle de Josafat.»

Me colé á toda prisa por el pasillo obscuro, sin que me cortaran el paso llamas azules ni verdes. Sentí un tufo como de quemazón de pez y piedra alumbre... Al extremo de aquel corredor torcido vi un cuadro de claridad que era el marco de una puerta. En el centro de ésta, Floriana me aguardaba. Era como una estatua de imponderable belleza. Vestía traje blanco, de forma helénica neta-

mente escultórica. Desde que la vi á larga distancia me descubrí, avancé despacio abrumado por la emoción, y cuando aún no había vencido la distancia que de la Diosa me separaba, su voz sonora y dulce me habló de esta manera: «Le esperaba, señor don Tito. Ya sabía yo que vendría usted. Por esperarle me he detenido unos minutos. Me han dicho que le tendré por compañero de viaje. Su compañía me será muy grata.»

De tal modo me anonadaron las palabras de la divina Floriana que no supe qué decirle ni qué hacer ante su augusta presencia. Creo, mas no lo aseguro, que hincé una rodilla en tierra y le besé la mano. Traté de sacar de la mente á los labios la fraseología galante que yo manejé siempre con arte y desenvoltura; pero la usual galantería no me valió en aquel caso, y todo el vocabulario pasional y erótico que prevenido llevaba, se quedó en mi lengua avergonzado de sí mismo. Las únicas expresiones que pudo emitir mi boca fueron éstas, tímidas y balbucientes: «Sólo aspiro á ser su siervo, su esclavo, Floriana... ¿Qué soy yo más que un insecto miserable, indigno de mirar á este sol de hermosura...?» Advertí que sonreía como denegando graciosamente lo que afirmé en desdoro mío y en alabanza de ella.

En esto, una mano muy bonita me quitó la maleta... y digo una mano, porque la mujer á quien aquélla pertenecía yo no la vi. Floriana habló así: «Pase usted y sígame.

Voy delante para guiarle en este camino, que es áspero, largo y difícil. Cuando se canse, me avisa y pararemos un ratito.»

XIV

Guiado por *la creatura bella, bianco vestita*, entré, no en una estancia sino en una caverna. A los pocos pasos el suelo descendía con rápido declive, y entrábamos en una especie de catacumba de paredes y techo labrados en la dura arenisca de Madrid. El soterrado pasadizo no era recto; ondulaba á izquierda y derecha. El piso, empedrado con desiguales cantos y morrillos, no permitía un andar ligero. Delante de la Diosa vi las llamas de una docena de hachones; los portadores de ellos no se veían. Oía, sí, un parloteo festivo de mujeres. A ratos, hacia mí se volvía Floriana y me alentaba con una sonrisa y un gesto gracioso. Cuando yo tropezaba en los pedruscos, sosteníanme brazos de seres invisibles. Como una hora duró, según mi cálculo, el tránsito por aquella mina lóbrega y pendiente... Apagáronse los hachones.

Al término de la caminata fatigosa nos encontramos en un rellano bastante extenso. Elevé mis ojos hacia arriba, y no vi cielo, sino una inmensa bóveda pétrea. Miré hacia abajo, aproximándome á los bordes de aquella especie de terraza, y vi un abismo insondable. Quedé suspenso, mudo, absorto; pero

lo que colmó mi estupefacción fué que allí no había sol, ni luna, ni estrellas, y sin embargo había claridad, una luz tenue, dulce, desconocida para mí.

Sentóse Floriana en el suelo, que era de finísimo guijo, señalándome un puesto á su lado. Las vaporosas mujeres, ninfas, espíritus ó lo que fuesen, que formaban el cortejo de la Diosa, nos sirvieron en platos de cristal una delicada merienda, de cuya suavidad, gusto y dulzura no puedo dar idea. Componían la parte sólida de aquella comidita unos bizcochos blandos y gruesos, no diré borrachos sino ligeramente embriagados con un néctar delicioso. Apenas los metía yo en mi boca, se deshacían, y al ser tragados diríase que comunicaban súbitamente á todo el sér un calor tenue, vigorizando la vida nerviosa y muscular. No sé cuántos bizcochos me comí; me sabían á gloria; no me cansaba de alabar tan sabrosa y sutil repostería. Agua cristalina y fresca nos dieron luego las ninfas, que al aproximarse á servirnos perdían en parte su invisibilidad. Yo no cesaba de mirarlas cuando de la penumbra iban saliendo hacia la claridad, y en una de las que más se nos aproximaron, reconocí el rostro picaresco de *Graziella*.

«Andando, andando — dijo Floriana poniéndose en pie con agilidad aérea. Y yo, que en aquel antro sublime y ante el misterio de aquellas divinas hembras no sabía decir más que palabras de una inocencia paradisiaca, concluí de este modo el concepto de

Floriana: «Andando, sí, que es tarde.» Volvióse á mí la Diosa, y entre risas delicadas me dijo: «Borre usted de su mente, señor don Tito, las palabras *tarde y temprano*; que aquí no existe esa forma de apreciar el tiempo. En estos valles no hay día ni noche; no amanece ni anochece. Si lleva usted reloj, no se cuide de darle cuerda, que mejor está descansando, con todas sus ruedecillas dormidas.»

Emprendimos la marcha por un sendero estrecho, entre pedruscos conglomerados. Precediéndome á mí iba Floriana, acompañada de cuatro ó cinco mujeres cuyas formas indecisas excitaban mi curiosidad. Delante de ella y detrás de mí iban las demás del cortejo, apreciables tan sólo al oído por un murmullo alegre, como conversación de ave-cillas picoterías. Sosteniendo mi marcha al compás de la comitiva, mis ojos ávidos no hacían más que observar el inmenso antro por donde caminábamos. Floriana lo llamó valle, y estructura de tal en parte tenía. Formaban la cavidad dos grandes escarpas montuosas, en las que pude apreciar una altura aproximada de doscientos ó trescientos metros. Del fondo, donde los costados del valle tenían su cimientó, venía un rumor como de aguas precipitadas de peña en peña. Las que llamo escarpas afectaban en algunos trozos formas de colinas ó laderas tendidas suavemente, en otros eran vertientes ríscosas ó paredones cortados casi á pico. Por el lado izquierdo del valle se escurría tortuoso el angosto sendero por donde íbamos.

Fáltame describir lo más extraño de aquel paisaje por mí nunca visto ni soñado. Las cimas de las dos grandes escarpas eran apoyo de la colosal bóveda ó techumbre que unía una parte con otra. Traté de apreciar la distancia entre la clave máxima y el fondo del valle; pero mi mente, confusa ante tan grandioso espectáculo, no pudo determinar tal altura, que á veces me parecía inconmensurable, á veces comprendida en las dimensiones que resultarían de colocar dos ó tres Giraldas, una sobre otra.

Ahora relataré lo que produjo en mí más que asombro terror. En el punto donde se confundía la cima de las vertientes con el arranque de las bóvedas creí distinguir agujeros, covachas, y apenas me hice cargo de esto, vi que de las oquedades salían cuerpos movibles, animales felinos del mismo color de aquel terrazgo amarillento. Se me erizó el cabello al oír espantosos rugidos... No podía dudar: de los peñascales areniscos salían tigres, panteras y otras alimañas rampantes, cuyo aspecto y bramidos pondrían pavor en los pechos más animosos...

Al ver esto, noté que se alejaba rápidamente el rumor de las ninfas que iban delante. Comprendí que corrían. Corrió también Floriana. Las ninfas que iban detrás de mí se precipitaron monte arriba lanzando silbidos penetrantes. De otro lado venían sonidos ríscos como de trompas de caza. El terror me paralizó, y no sabía por dónde tirar en busca de un sitio seguro... Sentí pasos, y me dije:

«¿Vendrá alguien á socorrerme?» Mis ojos no se apartaban del lugar por donde aquellos pasos sonaban. No eran pisadas de hombres, sino de gigantes... ¡Ay, ay; tampoco eran de gigantes, sino de...!

Imaginad, amigos del alma, cuál sería mi espanto al ver venir hacia mí un toro... ¡ay, madre mía!... un toro tan grande que á mi parecer era mayor que los más corpulentos elefantes, colorado retinto, por su porte y lámina de genuina casta española, con una cornamenta que á Dios llamaba de tú... Al suelo caí exánime, diciéndome: «Esta fiera me engancha en un tris, me voltea y me manda volando hasta el mismísimo techo.» El animal acercóse á mí despacio... Vi llegada mi última hora... me olfateó, echando sobre mí un resoplido de huracán, y siguió adelante.

No tuve tiempo de alegrarme, porque apenas pasó el primer toro vi venir otros dos, luego cinco, ocho... ¡Dios mío!... una inmensa piara inacabable: todos del mismo color y estampa: parecían hermanos. A medida que iban pasando sin hacerme caso, cual si vieran en mí un gusanillo despreciable, mi miedo declinaba, y se me alivió por completo cuando advertí que las ninfas, espíritus, ángeles, demonios ó lo que fueran, volvían corriendo con grande algazara de silbidos y alílies. Esto me confortó el ánimo. Ya respiraba. Señal inequívoca de que se me había despejado la cabeza fué que vi á los toros en su tamaño y proporción naturales.

Aún no había pasado el imponente rebaño taurino, cuando me llamaron mis compañeras de viaje con voces cariñosas. Acudí al reclamo por sendero distinto del que llevaban los cornúpetos, pues aún no las tenía yo todas conmigo. Por zanjas y barrancas llegué á un terreno casi llano, con verdor de pradera, y allí me salió al encuentro Floriana burlándome delicadamente por el medietis que pasé. «Estos fieros animales — me dijo — son mansos como corderos para mí y para cuantos van conmigo. No tema usted nada.» Al decir esto la Diosa, los toros, en número tal que no podía ser contado, prorrumpieron unánimes en mugidos espantosos. No creo que orejas humanas hayan oído nunca un coro semejante. Pensé que no sonarán con más estruendo las trompetas del Juicio Final. Mil truenos corriendo á lo largo del valle no imitarían la repercusión prolongada de aquel mugir exténtoreo. Cuando vino el silencio, se oyeron lejanos los bramidos de las panteras y demás alimañas feroces, que amedrentadas se recogían en sus altas guaridas.

Estupendas cosas había yo visto en aquel mundo dantesco; pero aún me esperaban nuevos motivos de asombro. Floriana, que de un cercano matorral había cogido una varita y jugaba con ella blandiéndola en el aire, me dijo: «Ahora, señor don Tito, podremos seguir nuestro viaje con más comodidad. En este paso no faltan peligros; pero ya ve usted que los he sorteado con mis bravos y ge-

nerosos animales.» Acarició el testuz de un gallardísimo toro que á su lado estaba, y apoyando sus manos en el morrillo, de un brinco quedó montada á flor de mujer sobre el lomo del vigoroso bruto. Viéndome indeciso, hablóme así: «No tenga usted miedo. Escoja el que más le guste y monte sin cuidado.» Así lo hice, á horcajadas. No sé quién me dió una varita... Todo el mujerío grácil y susurrante siguió el ejemplo de la Diosa, entre risotadas alegres y una ligera porfía retozona, disputándose los toros en que habían de cabalgar.

Púsose en marcha la extraña procesión, semejante, según mi criterio artístico, á los bajo-relieves que son memoria y emblema de la civilización asiria. Al moderado andar de los toros avanzamos valle abajo, y éste, pasadas dos ó tres grandes curvas, nos presentó aspectos más risueños. En algunas colinas vi manchas de vegetación montuna y baja. La luz siempre era la misma, y la temperatura inalterable, dulcemente cálida... Si como dijo Florianana, no había noche ni día en aquella parte del mundo, los cuerpos sustituían aquellas relaciones del tiempo con la necesidad alterna del velar y del dormir... Cuando en toda la comitiva se manifestó la que-
rencia del sueño, hicimos alto, nos apeamos, y la Diosa nos encaminó á una grande y limpia caverna, donde permanecemos entregados al descanso... ¿Cuántas horas?... No seré yo quien os lo diga.

Lo que sí os diré, lectores amadísimos, es

que los toros quedaron pastando en las verdosas márgenes del cercano arroyo; que el suelo de la caverna era una finísima alfombra musgosa y blanda; que las bullangueras ninfas, á ratos visibles, á ratos no, nos sirvieron bizcochones más suculentos que los de la merienda: creyérase que eran de una pasta parecida al chocolate, mezclada con lo que llaman ambrosía ó manjar de los dioses...

Algún resquemor me causó que la Diosa, al retirarse con las que llamaré sus damas á un extremo de la caverna, no solicitara mi compañía, ni tan siquiera me diese las buenas noches, ó lo que se usara donde la palabra noche no tenía sentido... En el opuesto lado de la cueva-dormitorio, donde me rodearon las sílfides inquietas, á mi oído llegaba su confusa charla jovial, que se iba desvaneciendo en el sueño. No acababa yo de explicarme por qué no había entre ellas alguna que se vistiera de su carne mortal, y á mí se arrimara blandamente para estimularme á más dulce reposo. Pensando que aquel mundo en que había caído era un táctico monotonó y sosaina, me dormí profundamente... Y héme aquí soñando con lo que había dejado en el otro mundo. Así lo llamo por no saber si *el otro* era aquel en que me encontraba, ó si me habían traído efectivamente al que allá llamábamos *el otro*. ¡Sueño de sueños!

Pues señor, me vi en el Congreso (Tribuna de la Prensa) oyendo un discursazo de

Salmerón, magnífico, elocuente. Cuando terminó, todos decían: «Ya hay Gobierno en la República española.» Aquello se me representaba como un teatro de niños con figurillas diminutas que se movían con alambres... Luego soñé que pedía la palabra Ríos Rosas. Produjose un tumulto porque alguien pretendió que no se dejara hablar al orador monárquico... Yo salí á la calle, y en la esquina de Floridablanca, unos *silbantes* pegaban un pasquín que decía: *¿Quién es Ríos Rosas?* Yo les dije: «Imbéciles; es el león de la elocuencia. Dios os libre de caer en sus garras...»

Volví á verme en la Tribuna, y escuché la fiera voz del león, que así clamaba: «El tercer Pretendiente al trono de España será confundido y aniquilado como su tío, como su abuelo. Esta Nación desgraciada puede sufrir hasta la anarquía por un período de tiempo; lo que no sufrirá jamás es el despotismo de don Carlos ni de sus descendientes; lo que no sufrirá jamás es la Inquisición. Jamás, jamás consentiremos á don Carlos ni á los satélites de la antigua tiranía. Todo menos eso. (*Aplausos delirantes.*) ... Para llegar á ser Gobierno de la Nación—decía dirigiendo sus palabras al banco azul—aquí tenéis una mayoría, no muy numerosa, no os importe el número; aquí hay cohesión, convicciones, patriotismo... Con esta mayoría podéis salvar la República, restablecer el orden, restituir á la sociedad sus condiciones de asiento y de vida. Así seréis Gobierno de la Nación, energía prepotente que combata,

que aterre y mate todas las fuerzas rivales.»

Cambiados rápidamente los espejismos de mi sueño, me vi en la esquina de la calle de las Huertas, donde unos chicos pegaban un cartel que decía: *Salmerón es el Presidente de los monárquicos...* Quise ir á mi casa, y de pronto me encontré en la tienda de Maria de la Cabeza, á quien vi muy acaramelada con su esposo Serafín de San José, y cuando ambos me saludaban apretándome tiernamente la mano, el atronador mugido de los toros me despertó.

XV

- Un ratito estuvo mi pensamiento meciéndose en el balancín de esta duda: ¿La realidad era lo de allá ó lo de acá? ¿Eran éste y el otro mundo igualmente falaces ó igualmente verdaderos? Sin llegar á dilucidarlo me vi conducido al punto en que me esperaba mi cabalgadura. En ella monté, y la caravana siguió su camino. Grandemente me desconsoló el ver que la Diosa iba muy delantera, dejando entre su persona y la mía buena parte de su séquito. Junto á mí marchaban las sílfides más juguetonas y parlanchinas.

Entre ellas vi á *Graziella*, manifestándose claramente en su encarnadura mortal. Debajo de una falda vaporosa vestía pantalones, y á horcajadas montaba en un toro voluntarioso y saltón, al cual gobernaba y regia con